

RODRÍGUEZ IBARRA, Sergi: *Jack el Destripador. El diablo en Whitechapel*. Emse Edapp. Barcelona, 2021, 125 páginas.

Existen multitud de libros referidos a esta figura histórica, probablemente entre los más conocidos criminales del siglo XIX, que sembró de terror, en los meses centrales de 1888, en el miserable suburbio londinense del subtítulo y cuya triste fama trascendió no solo a la capital inglesa sino contemporáneamente y durante décadas a otros países. Todo cuanto rodeó a sus asesinatos fue misterioso. El porqué de los lugares de comisión, los instrumentos de ejecución y, lo más trascendente, el autor de tales delitos, se analizan en esta obra medida y francamente interesante.

Su autor, el escritor Rodríguez Ibarra, ha estudiado los hechos delictivos del gran depredador, siempre asesinatos consumados, y en cinco capítulos, claramente ordenados, nos muestra las andanzas del tétrico personaje. El perfil psicológico que cierra el libro (pp. 117 ss.), se debe a la especializada pluma del catedrático de la Universidad de Valencia, Vidente Garrido Genovés, lleno de datos pertinentes, autoridad y conocimientos.

Cinco fueron las víctimas reconocidas oficialmente por el Destripador, quedando dudas acerca de una sexta. Las restantes mujeres que aparecieron muertas hacia la misma época o en la inmediata posterior a él no se le atribuyen (pp. 98 ss.). Apareció entre la niebla y la miseria del distrito como desapareció, donde nunca, entonces ni después, fue identificado. Los arrestos que de diferentes personas se efectuaron fueron todos infructuosos. No obstante, dejó pistas. Las cartas escritas a las autoridades policiales y algunas notas remitidas a la prensa encabezándolas con un «Querido jefe» (pp. 45 y 65), hicieron sospechar a los expertos incluso que se trataba de algún agente entre los investigadores. Otras misivas, donde figuraba «Desde el infierno» (p. 76), no únicamente venían a significar la consciencia de sí mismo que tenía el autor, sino lo terrible de las muertes que procuraba a las desgraciadas mujeres, todas alcohólicas y dedicadas a la más baja prostitución. Era en sus lugares de residencia o de ejercicio de su oficio donde las buscaba. La referencia nominal de las mismas se acompaña por Rodríguez Ibarra de una pequeña biografía de ellas que las sitúa en el mundo. La película de los hermanos Hughes, protagonizada por Johnny Depp, que encarna magistralmente al inspector Frederik Abberline, uno de los más inteligentes profesionales ocupados en los crímenes, precisamente se denomina de aquella manera: «Desde el infierno» (2001). Es precisamente este detective quien pensó que el asesino tenía nombre y apellidos, un inmigrante polaco que después envenenó a tres de sus amantes y que fue ejecutado en 1903 (pp. 91 y 92). El cambio de método ejecutivo, impropio de los asesinos en serie, es el que hace dudar de la autoría a Rodríguez Ibarra (ult. p. cit.).

El mismo nombre por el que ha pasado a la historia el autor de los delitos se lo atribuyó el mismo: «The Ripper» (p. 46) y así quedó para siempre en la antología de los asesinos en serie, posiblemente el primero de cuantos así fueron reconocidos después. El calificativo proviene del *modus operandi*. Las víctimas fueron cruelmente evisceradas, destrozadas interiormente,

extraídos sus órganos y esparcidos por las estancias o colocados en los cadáveres, aunque eso sí, al decir de los forenses, parece que todo ejecutado *post mortem*. Este odio extremo y desatado se atribuye al haber sido contagiado el autor de sífilis por una relación amorosa con una de esas mujeres infectadas o por haber dado a luz un hijo no deseado. En el texto de Rodríguez Ibarra se señala permanente como medio de ejecución el cuchillo. En otros estudios el bisturí o escalpelo también se menciona, instrumento que corta más fácilmente que el anterior reiteradamente mencionado. Precisamente ello ha permitido atribuir, en el imaginario popular, los hechos a carniceros, en el primer caso, o también a médicos, vinculados a la masonería e incluso a la casa Real inglesa, en el segundo. En algún momento, por el contrario y sin ser la tónica general, se llega a decir que no necesariamente era un especialista el autor de tales brutales actos (p. 85).

En el apartado de la autoría, además de los citados, se han atribuido los crímenes a personajes, no identificados fehacientemente, de la línea de sucesión de la propia Casa Real, cortadores de oficio, judíos, pintores extravagantes, inmigrantes, etc., incluido una comadrona. Cuando desaparece de la escena Jack el Destripador se entiende que ha muerto, huido a Norteamérica o recluso en un sanatorio mental. Es en el capítulo 5 (pp. 89 ss.) y en el Epílogo (pp. 103 ss.) donde Rodríguez Ibarra investiga acerca de los presuntos culpables con importantes detalles de los citados, pero sin concluir en ninguno claro. Del mismo modo, pleno de mérito es, en el último apartado referido, la bibliografía evaluada que se lleva a cabo por el autor, además del listado que se añade con posterioridad (p. 111).

Muchas son las investigaciones relativas a Jack el Destripador pero la presente es, por lo que alcanzo a ver, la postrera y la más fácilmente accesible por su literatura llana. El resumen de las actividades delictivas está bien trazado y nos sirve como un recordatorio de uno de los más conocidos –aunque paradójicamente desconocido– criminales de todos los tiempos.

CARLOS GARCÍA VALDÉS

Catedrático Emérito de Derecho Penal
Universidad de Alcalá